

III SIMPOSIO DE LÓGICA Y FILOSOFÍA DE LA CIENCIA

Filosofía y Ciencia en el pensamiento español contemporáneo

DURANTE LOS DÍAS 11 al 13 de noviembre se desarrollaron en Valencia las sesiones del III Simposio de Lógica y Filosofía de la Ciencia, dedicadas este año a una revisión de la producción española actual en el campo del pensamiento filosófico y el pensamiento científico.

Dos aspectos, al menos, de la situación actual sugerían la conveniencia de esta revisión:

a) El rápido crecimiento del interés por la filosofía en la cultura española de los últimos años; interés del que podría ser testimonio el desarrollo mismo del Simposio: a pesar de que por diversos motivos no se leyeron las ponencias de Lledó, Bueno, Laín y Rojo, ni pudo tener lugar, por falta de tiempo, ninguna de las mesas redondas programadas, las sesiones se prolongaron a razón de más de diez horas diarias, manteniendo congregado y apiñado a un público de cerca de mil personas en una sala prevista para trescientas.

b) El hecho de que este desarrollo se orienta en unas direcciones que nada tienen que ver con lo que ha sido y es todavía en gran medida el clima característico de la filosofía académica. Así, el contraste entre la temática debatida ahora en Valencia y el contenido habitual de la enseñanza universitaria de la filosofía, hace tan sólo unos diez años, ha constituido una verdadera sorpresa para quienes han asistido al simposio tras un largo período de separación con respecto al ambiente español. Precisamente en este sentido, el hecho de que se pensara en Ferrater Mora para ocupar la presidencia y el de que Rodríguez Delgado, un científico español que ha desarrollado su vida académica fuera de España, haya sido recibido como invitado de honor, pueden ser considerados

como síntomas característicos de esta voluntad de ruptura con respecto al pasado inmediato, que constituye el marco y una de las motivaciones dominantes de aquella eclosión del interés de las nuevas generaciones universitarias por la filosofía.

En este contexto, la opinión de uno de los asistentes, que desde las páginas del diario *Madrid* ha calificado al Simposio como el acontecimiento más importante del pensamiento español desde la guerra civil, no parece exagerada, al menos si se la reduce al campo del pensamiento filosófico. Y cabría añadir que esta importancia deriva del hecho de que el Simposio se haya planteado como una revisión de lo que ha sido la filosofía española en ese período.

La revisión comportaba dos aspectos claramente diferenciables:

—El análisis histórico del pensamiento filosófico y científico de los últimos tiempos.

—La contrastación entre las diversas orientaciones que se manifiestan en el momento actual.

A quien conozca el clima de este momento actual no podrá extrañarle que la mayoría de los participantes se haya inclinado precisamente por este segundo aspecto. En consecuencia, los organizadores han previsto que la publicación de las Actas del Simposio se acompañe por otra publicación que complementa el aspecto propiamente histórico, abordado por cuatro de las ponencias en las sesiones del mes de noviembre.

En cuanto a las demás ponencias, que habría que considerar más bien como una muestra de lo que constituye el nuevo pensamiento filosófico y científico español, se ha manifestado con claridad que el interés de la mayoría de los participantes (ponentes y público) se orientaba hacia las cuestiones siguientes:

—En cuanto al contenido, en primer lugar, el tema de Filosofía y Ciencia.

—En segundo lugar, y de un modo quizá más implícito que explícito en las ponencias, el tema de las relaciones entre teoría y praxis.

—Finalmente en tercer lugar, y en cuanto a las *actitudes desde* las que se desarrolló la temática anteriormente señalada lo que, con una simplificación excesiva, pero válida para entendernos en esta ocasión, se podría clasificar como contraste entre pensamiento analítico y pensamiento dialéctico.

Era conveniente precisar estos parámetros antes de iniciar la crónica propiamente dicha del Simposio.

Ponencias histórico-descriptivas

Dos de los ponentes, Pinillos y de Miguel, ofrecieron un panorama descriptivo (centrado predominantemente en la actualidad) del desarrollo de sus respectivas disciplinas en España.

Pinillos estructuró su panorama de la psicología atendiendo a un doble criterio de clasificación: *a*) Tendencias (psicología filosófica, psicoanálisis, conductismo y reflexología), *b*) Áreas (psicología experimental, teoría del aprendizaje, psicología dinámica, psicometría y psicología diferencial). Se refirió además a la enseñanza de la Psicología y al uso de la Psicología por la sociedad española. De la exposición pudo deducirse que el momento actual se caracteriza por un notable crecimiento cuantitativo y por unos también notables desequilibrios y anormalidades. La más sorprendente, que no fue suficientemente explicitada por el ponente, consistiría en el predominio del conductismo en cuanto a tendencia, frente al escaso desarrollo de la teoría del aprendizaje y la ausencia prácticamente total de la psicología experimental, en cuanto a las áreas. Si lo que Pinillos había querido insinuar con estas dos afirmaciones emitidas por separado a lo largo de su exposición es que en España el conductismo es simplemente una bandera simbólica, debería haber explicado contra qué fantasmas se ha levantado esta bandera, la función de este gesto simbólico en el contexto de la actual psicología española. En general, muchos de los asistentes tuvimos la impresión de que la destacada posición que Pinillos ocupa en el actual desarrollo de la psicología en España, más que ayudarle para ofrecer un panorama completo, había sido una fuente de inhibiciones, no ya sólo por la ausencia de nombres y apellidos,

sino por una actitud generalmente elusiva ante los puntos más críticos y los problemas centrales.

Si la crítica sociológica de la psicología estuvo casi totalmente ausente de la exposición de Pinillos, no puede decirse lo mismo con respecto al panorama de la Sociología española ofrecida por de Miguel, aunque también en este caso las inhibiciones que (por motivos diferentes, naturalmente) pesaron sobre el ponente se hicieron evidentes. Su criterio de clasificación —sociología católica, sociología empírica, sociología crítica— aunque no muy coherente sistemáticamente, resultó curiosamente adecuado a la realidad española. Bastante más discutible, por imprecisa, fue su afirmación de que nada podía haber más crítico en las actuales circunstancias españolas, que una sociología empírica “bien hecha”; sin entrar a discutir su validez, era difícil evitar la impresión de que esta tesis constituía una justificación *a posteriori* de posturas personales. Los temas de teoría-praxis así como el de pensamiento analítico-pensamiento dialéctico flotaron en el ambiente de la exposición y de la discusión posterior, sin que en ningún momento se les enfrentara deliberadamente.

La ponencia de Montero encontró una ubicación difícil en la tarde del tercer día, cuando el interés de los participantes estaba claramente enfocado hacia cuestiones más candentes. En cierto modo la suya fue una de las ponencias que más literalmente respondía al título del Simposio, por cuanto consistía en un estudio histórico monográfico sobre uno de los libros de Zubiri. El estilo del análisis —disección de la construcción doctrinal objeto de estudio, y contrastación de su coherencia interna, sin utilizar puntos de vista “exteriores” a la misma— correspondía a los criterios académicos generalmente aceptados en el campo de la historia de la filosofía. Y las conclusiones resultaron ser, según advirtió el autor, suficientemente críticas para Zubiri; resultado que provocó la reacción de algunos de los escasos zubirianos asistentes, en medio de la indiferencia de la inmensa mayoría del público. La clave de esta indiferencia estribaba en que, en un contexto en el que los ánimos estaban polarizados por las cuestiones de filosofía-ciencia y teoría-praxis, la ponencia de Montero fue interpretada —de un modo seguramente imprevisto por

el autor— como un ejemplo de práctica acrítica de filosofía académica.

La ponencia de López Piñero respondía también bastante literalmente al título original del Simposio, aunque de un modo diferente del de las que han sido reseñadas. Enunciaba la posibilidad de establecer un criterio de medición del desarrollo de la ciencia en una situación dada, sobre la base de índices de producción bibliográfica. Las mediciones establecidas con este criterio mostrarían ciertas regularidades, susceptibles de ser enunciadas como leyes de validez universal acerca del crecimiento del conocimiento científico. El ponente manifestó haber encontrado confirmación para estas leyes en los trabajos realizados en su departamento acerca de la producción española en las ciencias médicas.

La ponencia presentada por Muñoz, acerca del formalismo, como método auxiliar en la historia de la lógica, no responde exactamente al título con que hemos encabezado este apartado, pero dada la dificultad de clasificarla en ninguno de los otros, la reseñaremos aquí. El ponente expuso los resultados de ciertos estudios históricos recientes que interpretan la producción lógica de los filósofos antiguos y medievales como reducible al lenguaje de la actual lógica formal. De este modo la validez de la producción lógica de aquellos filósofos del pasado podría desgajarse de la de sus respectivos sistemas filosóficos y alcanzar una autonomía en cierto modo histórica. La ponencia dio lugar a una discusión bastante acalorada entre los asistentes, en la cual se deslizaron no pocos malentendidos.

Filosofía y Ciencia

El problema filosofía-ciencia constituyó sin duda, implícita o explícitamente, el marco dominante de los temas debatidos en el Simposio. Es precisamente el hecho de que así fuera lo que explica el interés con que fueron seguidas muchas ponencias que habría que considerar como simplemente informativas de desarrollos científicos recientes. Comenzaremos en nuestra reseña por ellas, para pasar gradualmente a las ponencias que explícitamente plantearon el problema del pensamiento filosófico.

La ponencia de Pascual estuvo dedicada a una revisión de las teorías del microcosmos y el macrocosmos en la Física actual. Su exposición de la recentísima teoría de los *quarks*, desconocida por una gran parte de los participantes, despertó un gran interés.

Otro campo estrictamente científico, el de la informática, encontró a un público igualmente interesado, aunque, quizás, más familiarizado. La ponencia de Ferraté, partiendo de una aplicación de las técnicas del cálculo estocástico, se centró en la posibilidad de introducir una gama de valores ponderados intermedios en la lógica binaria que constituye la base del diseño de los computadores digitales. Esta innovación en el diseño lógico daría pie a una nueva familia de computadores híbridos, que mostrarían en su comportamiento conjuntamente características propias de los computadores analógicos y de los digitales; computadores híbridos que resultarían particularmente adecuados para la simulación de sistemas complejos, tales como por ejemplo los de redes neuronales.

La otra ponencia dedicada a la informática, la de Dou, se orientó hacia el campo de las implicaciones filosóficas de la inteligencia artificial. Sus conclusiones, que parecían apuntar hacia la tesis de la irreductibilidad del pensamiento humano, tesis apoyadas en una concepción filosófica tomista del proceso de conocimiento, fueron muy vivamente controvertidas en el debate que siguió a la ponencia.

Mosterín, uno de los participantes que de un modo más radical discutió las tesis de Dou, había precisado previamente su actitud en su propia ponencia dedicada al problema del universo de la teoría de conjuntos. Mosterín expuso los principales resultados alcanzados en esta rama de la matemática, oponiéndose a la extracción de conclusiones ontológicas.

En el campo de las ciencias humanas, habría que considerar también como estrictamente científica —al menos en cuanto estuvo ausente de ella la problemática filosófica— la ponencia de Schwartz sobre la definición de economía de Robbins. El ponente señaló como limitaciones de la mayor parte de las concepciones de la economía la de ser aplicables de un modo directo y propio tan sólo a los sistemas capitalistas,

y especuló sobre una posible definición, establecida sobre criterios formales, que alcanzara la estructura misma del fenómeno económico con independencia de sus accidentes históricos.

El campo de las ciencias de la vida fue uno de los que recibieron mayor atención de los ponentes.

Rodríguez Delgado habló del control físico de la mente, apuntando a sus implicaciones éticas y filosóficas. Puesto que la mesa redonda que había sido previamente programada no llegó a realizarse, se frustró la posibilidad de plantear a Rodríguez Delgado algunas cuestiones acerca de los experimentos que le han hecho famoso y a los que se había referido de un modo simplemente descriptivo y muy somero en su exposición. Estos experimentos parecían poder aportar una luz experimental sobre alguno de los constructos teóricos de Hull, cuestión de cuyo interés es posible hacerse una idea si se advierte que estos constructos teóricos (rechazados por otros representantes del conductismo, como Skinner) constituyen el esfuerzo más importante realizado desde supuestos conductistas para aproximarse a la línea pavloviana.

Garrido hizo una revisión de dos cuestiones estrechamente emparentadas: la del paralelismo psicofísico y la de la controversia vitalismo-mecanicismo, trazando su evolución desde Descartes hasta la moderna teoría de autómatas. Una de las aportaciones centrales de su comunicación fue la introducción de la idea de recursividad en la interpretación "modelística" de la vida como máquina. Aunque la revisión había sido planteada claramente desde el punto de vista de la filosofía, el ponente fue parco en cuanto a conclusiones no técnicas, limitándose a señalar cómo el reciente y sensible desarrollo de la bioquímica por una parte y de la teoría de autómatas por otra había reducido enormemente la base argumental del vitalismo, de modo que cualquier postura vitalista o, en general, espiritualista, sólo podría ser coherente con los hechos a condición de ser ontológicamente dualista y adoptar un estilo de pensamiento manifiestamente primitivo "alojando, con Descartes, el alma en la glándula pineal".

La ponencia de Paris se centró sobre algunos problemas de la antropología existencial por alcanzar una comprensión

totalizadora de la persona humana. El ponente señaló que determinados conceptos procedentes de la biología actual podrían dar pie para volver a tomar en consideración y revalidar desde supuestos científicos, aquel intento.

Reseñaremos finalmente dos ponencias que, aunque característicamente filosóficas, guardaban una estrecha relación con el pensamiento científico, las de Blasco y Ferrater Mora. Ambas se movieron dentro del ámbito de la filosofía analítica.

Blasco abordó el problema de las categorías, un problema clásico de la filosofía, pero que sigue siendo relevante en el campo de una reflexión filosófica acerca del conocimiento científico. El ponente se apoyó sobre las formulaciones de Ryle y Katz; pero si el criterio de "factor de proposición" de Ryle le parecía excesivamente indefinido y vago, los criterios de Katz se presentaban asociados a la tesis de los universales lingüísticos y de las ideas innatas, tesis que el ponente consideraba ontológicamente indeseable. Blasco ofreció una reformulación que, aunque emparentada básicamente con la de Ryle y modificada con ciertas correcciones wittgensteinianas, parecería susceptible de aceptar, como complemento técnico, los criterios lingüísticos de Katz.

En el debate que siguió a la ponencia, Ferrater Mora, considerando que Blasco había caracterizado las categorías en atención, sobre todo, al grado de generalidad, manifestó su desacuerdo en cuanto a la adecuación de este criterio, al menos en el lenguaje ordinario; dijo también, sin embargo, que cualquier otro criterio parecía igualmente insatisfactorio y subrayó la dificultad de establecer una frontera nítida entre conceptos y categorías.

La propia ponencia de Ferrater Mora estuvo dedicada al problema de los modelos y las pinturas, problema que, aunque fue planteado a un nivel muy general, aparece claramente relacionado con ciertos temas centrales de la reflexión actual sobre el pensamiento científico. El ponente rozó la teoría de la significación y, aunque no se refirió a ello explícitamente, entró en el terreno del concepto de iconicidad de Morris. Sus intenciones iban, sin embargo, más allá, y especialmente en

la segunda mitad de su exposición se centró sobre las diferencias entre la relación de “modelar” y la de “pintar”.

En cuanto al problema filosofía-ciencia, Ferrater hizo expresa su postura al día siguiente, en las conclusiones que leyó como presidente en la clausura del Simposio, precisamente después de una tarde en que el papel de la filosofía había sido discutido con notable aspereza. Tras haberse opuesto con su habitual ironía a las actitudes más radicales, repitió una vez más la tesis, característica de la mayoría de los filósofos analíticos, de que el *locus* específico de la filosofía en relación con la ciencia es el de una reflexión analítica sobre el uso del lenguaje científico. Añadió que, sin embargo, en la medida en que el pensamiento filosófico y el pensamiento científico se engranaban mutuamente, era difícil en muchas ocasiones determinar dónde empezaba uno y terminaba otro, dificultad acrecentada por el hecho de que sus funciones respectivas están sujetas a variabilidad histórica.

Pensamiento analítico, pensamiento dialéctico

El problema filosofía-ciencia se convirtió en el terreno de confrontación y acercamiento de las dos actitudes entre las que se repartían las adhesiones de la mayor parte de los participantes: la tradición positivismo-filosofía analítica y la tradición marxismo-filosofía dialéctica, respectivamente. La confrontación surgía de lo que podríamos denominar imágenes convencionales de fijación en ambas actitudes: por una parte, los analíticos incluirían, en su rechazo del pensamiento filosófico, como carente de valor cognoscitivo, a la tradición dialéctica; por otra parte, los marxistas incluirían, en su rechazo de toda concepción filosófica idealista e inmovilista, o dialéctica, las asunciones filosóficas (inconfesadas) de los positivistas o analíticos. El acercamiento se insinuó en dos ponencias de la última sesión que, procedentes respectivamente de cada uno de los dos campos, evidenciaron la intención de corregir aquellas imágenes convencionales.

Por una parte, la ponencia de Muguerza, “Ética y ciencias sociales”, se apoyó en los desarrollos recientes de la reflexión sobre el conocimiento científico, desarrollo que,

partiendo de actitudes positivistas, tienden a eliminar la tradicional separación entre lenguaje teórico y lenguaje observacional, entre hechos empíricos y proposiciones valorativas. Con ello, subrayó Muguerza, parecía desvanecerse el funcionamiento de las críticas habituales dirigidas por el positivismo al marxismo.

Por su parte, Bozal, cuya ponencia constituyó una revisión del "método dialéctico" como método de conocimiento de las ciencias sociales se situó, apoyándose en el examen de textos de Marx, Engels y Lenin en el terreno propio de algunos de los más destacados representantes del marxismo europeo reciente, como della Volpe, Luporini y Sacristán. El núcleo del razonamiento de Bozal arrancaba de la distinción entre el carácter de los procesos histórico-sociales (dialéctico) y el carácter del conocimiento científico de estos procesos (que, en tanto que conocimiento científico, no podría tener un status epistemológico distinto del de los demás conocimientos científicos, por lo que el método adecuado sería, para las ciencias sociales, el hipotético-deductivo, común a todas las ciencias); supuesto esto, y habiendo calificado en términos muy duros las tentativas de los que, como Gurvitch, pretenden convertir la dialéctica en un conjunto de reglas cognitivas específicas de la sociología, la segunda parte del problema estribaría en caracterizar la inserción del conocimiento científico-social en la praxis de los procesos histórico-sociales mismos; es aquí donde sería predicable el carácter dialéctico al conocimiento científico-social: no en cuanto a su metodología, sino en cuanto a su inserción (y los efectos de esta inserción) en una situación histórica concreta.

De la contrastación entre la ponencia de Muguerza y la de Bozal puede deducirse cuál fue el campo que se dibujó como posible área de acercamiento entre marxismo y positivismo, tras haber eliminado los dogmatismos pasados: la problemática de la inserción del conocimiento científico en el contexto de la acción o de la praxis social. En este área, sin embargo, quedaron aún muchos problemas sin resolver. Por una parte, Muguerza no parecía dispuesto a abolir totalmente las barreras que la tradición positivista ha levantado entre conocimiento y acción, pues, si bien aceptaba un cierto

condicionamiento de aquél por ésta, no parecía ver de qué modo las proposiciones de valor (o, en la descripción teleológica, la configuración de los valores que rigen la acción) pudieran ser condicionadas, a su vez, por el conocimiento científico; en esto, para él, la distinción entre ética (autónoma) y conocimiento científico (hasta cierto punto heterónomo) seguía siendo irreductible; de modo que ninguna ética (la marxista por ejemplo) podría recibir su validación última del conocimiento científico. Por otra parte, la concepción de Bozal de la dialéctica como totalización racionalizadora de la praxis—incluyendo en ésta al conocimiento científico, cuya validación epistemológica, en cuanto tal, se mantendría autónoma; es curioso constatar cómo en el tema de la autonomía o heteronomía del conocimiento se produjo una inversión de los énfasis habituales del marxismo y el positivismo en las ponencias de Muguerza y Bozal— parece, mientras no se la detalle con más precisión, comportar graves dificultades; dificultades que se evidenciarían a la hora de distinguir, en una situación histórica concreta (y prescindiendo del conocimiento de sus efectos, si se tratara de situaciones pertenecientes al pasado) lo que sería un “ejemplar” de praxis dialéctica de los demás posibles “ejemplares” no dialécticos.

En el debate que siguió a cada una de estas dos exposiciones, los ponentes, que no llegaron a formularse mutuamente preguntas directas, ni siquiera a referirse a sus mutuas exposiciones, tendieron más bien a acentuar los rasgos distintivos de sus propias posiciones, y no se vio la posibilidad de un mayor acercamiento.

TOMÁS LLORENS